

LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO

LOS MISTERIOS GOZOSOS DEL ROSARIO

P. Pedro de Clorivière S.J.

Alabado sea N.S. Jesucristo y su Sma. Madre
la Bienaventurada Virgen María.

El Rosario es un ejercicio de plegarias, cuyo objeto es imprimir en nuestros corazones y en nuestros espíritus las verdades de nuestra santa religión.

El Bienaventurado Patriarca Santo Domingo recibió del cielo y de manos de la Sma. Virgen esta manera de orar que fue la poderosa arma con la cual él pudo vencer la herejía de los albigenses que hacían en esa época los mayores daños. Los golpes que la impiedad da actualmente a nuestra religión son todavía más funestos. El infierno procura destruirla totalmente y para lograrlo pone en juego todos sus artificios a fin de apartarnos para arrancar su amor de nuestros corazones. Es pues muy necesario en este tiempo perverso hacer uso de esta armadura celestial.

Recemos, pues el santo Rosario; pero uniendo a él el recuerdo de los misterios de N.S. y de su Sma. Madre. Hagámoslo de manera que estemos penetrados de ellos; que la luz que brilla en estos misterios ilumine nuestros espíritus, que el fuego sagrado que hay en ellos, haga arder nuestro corazón. Con esta luz y con este fuego quizás tendremos la dicha, con la ayuda del Rey y de la Reina de los cielos, de alejar las tinieblas que invaden este mundo y de coadyuvar a que se reanime el fuego divino de la caridad.

Por lo menos estemos seguros de preservarnos a nosotros mismos por este medio del contagio tan general como terrible y de atraer sobre nosotros las gracias más preciosas.

Con este propósito hemos tratado de analizar cada uno de los quince misterios. Sacerdotes celosos de la gloria de la religión y de la salvación de las almas tendrán fácilmente materia abundante e instructiva sobre cada uno de estos misterios. El plan es sencillo y uniforme a fin de que se retenga con facilidad y que las verdades expuestas se graben mejor en los corazones: se considera primeramente, el misterio en sí mismo y en relación en Nuestro Señor; enseguida, en relación con su Santísima Madre y, por fin, en relación con nosotros.

No basta, pues, considerarlo superficialmente: sondeemos en el corazón de Jesús, que es decir en Dios mismo, para conocer sus excelencias; en el corazón de María para ver cómo ha contribuido; para ver las virtudes que ha practicado; debemos sondear en nuestros corazones para recibir en ellos la impresión que estos misterios deben producir y tomar en consecuencia, algunas resoluciones.

Las almas piadosas que deseen obtener alguna gracia señalada podrán consagrar quince días a este santo rosario.

MISTERIOS GOZOSOS

La consideración de estos misterios debe tender a derramar en nuestras almas un gozo santo a la vista del amor infinito de un Dios hecho hombre; de la alianza íntima que El ha contraído con nosotros y de la sublime dignidad de hijos de Dios y hermanos suyos a que Jesús nos ha elevado haciéndonos, al mismo tiempo, hijos muy amados de su Santísima Madre.

I. LA ENCARNACION

Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito en sacrificio, a fin de que cuantos crean en El, no perezcan sino que tengan la vida eterna. (Juan III, 16).

La naturaleza humana unida a la divina en la persona del Hijo de Dios: dos naturalezas, una sola persona en Jesucristo. Consideremos la grandeza, fin, necesidad de este misterio. Se le considera: 1º. En relación a Dios y a J.C.; 2º. En relación a María; 3º. En relación a nosotros mismos.

En relación con Dios y con J.C.

Este misterio hace brillar de un modo maravilloso las perfecciones de Dios: su grandeza y su majestad, que no podían ser honradas dignamente sino por el Hombre-Dios.

Su poder que logra unir lo que parecía imposible: el ser y la nada, la fuerza y la debilidad la Eternidad y la porción de tiempo en la vida de un niño recién nacido. Su sabiduría que encuentra el medio de reconciliar la justicia y la misericordia. Su amor y su bondad: “Tanto amó Dios al mundo... ¿Quién es este Dios que nos ama? ¿Quiénes somos nosotros para merecer su amor? ¿Qué don nos hace? ¿Por qué nos lo hace? Jesucristo, ¿quién es? Dios igual a Dios, tiene en sí todas las perfecciones. Es en esencia uno con el Padre: “El Padre y Yo somos uno” (Juan X, 30).

Es Hombre también y como Hombre tiene nuestra naturaleza y es, como nosotros, Hijo de Adán. Pero este Hombre en virtud de la unión hipostática, es infinitamente superior a todas las criaturas. Es la fuente de todos los bienes, el gran instrumento de la misericordia de Dios. En El están depositados todos los tesoros de su sabiduría y ciencia (Col. II, 3). ¿Cuáles son los sentimientos de J.C. en este misterio? Hacia Dios: anonadamiento, amor, obediencia. Hacia los hombres, tierna compasión, deseo ardiente de su salvación. ¿Qué hace entonces? Se ofrece como víctima expiatoria por nosotros ante el Padre: “Hostias y oblaciones no quisiste; entonces me diste un cuerpo... (Hebreos 10, 5).

Entremos en los sentimientos de J.C., demos gracias por habernos sido dado en este gran misterio.

En relación con María

Preparación a este misterio: Elección y predestinación de María: “El Señor me ha poseído desde el principio de sus vías. (Prov. VIII, 22). Es la Inmaculada Concepción. La gracia que recibió María en el primer instante fue superior a la de todas las criaturas angélicas y humanas. Acrecentamiento continuo de gracias sobre ella. Su fiel correspondencia a todas las gracias. Plenitud de su gracia cuando el Ángel, en nombre de Dios, la saluda “llena de gracia”.

Cooperación de María a este misterio: El Señor, para honrar a María, quiere hacer depender de su libre consentimiento el más grande de los misterios. Este consentimiento es el que el Angel solicita como mensajero que es ante la Reina y la Madre de los hombres.

¿Qué pensaba María? Su presencia. Su humildad: He aquí la esclava (Luc. I, 28) Su amor y su conformidad con la voluntad de Dios. No piensa en sí misma. Ella no mira en este misterio más que el beneplácito de Dios: “Hágase en mí según tu palabra”.

Efectos de este misterio en María: Ella es verdaderamente Madre de Dios asociada al Padre Eterno, unida singularmente al Espíritu Santo, Corredentora con Cristo, Madre de los hombres, Reina de todos los seres creados. Admiraremos tanta grandeza y felicitemos a María.

En relación con nosotros

Encontramos en este misterio la liberación de todos los males, de la esclavitud del demonio, del pecado, de la muerte eterna y del infierno y aún de esta vida, que dejan de serlo si nosotros sabemos valernos de este misterio. “Dios ha enviado su Hijo al mundo no para condenarlo, sino para que el mundo sea salvo por Él”. ¡Qué acciones de gracias debemos darle por esta liberación! El cúmulo de todos los bienes (Rom. VIII, 3): la amistad de Dios, las innumerables gracias, la filiación divina, la herencia del cielo. Somos deudores de todos estos bienes primero a Dios y luego a María. Por tanto es lo más justo entregarnos a su servicio.

La plenitud de la gloria que resalta en la naturaleza humana al unirse a ella la divina en este misterio: puesto que ha sido preferida a la naturaleza angélica (Heb. II, 16). Esta alianza hecha en J.C. se extiende a todos aquellos que están unidos a El por la caridad. Todo verdadero cristiano participa de los méritos del que es Cabeza del Cuerpo Místico. No podemos corresponder a esta elevación sino participando de los sentimientos, ofreciéndolos en unión con ellos y procurando imitar en nosotros la humildad. (Aquí conviene reflexionar y proponer la corrección de algunos de nuestros defectos o la práctica de alguna virtud. Se hará lo mismo en cada misterio).

Divino Jesús, os suplicamos por el anonadamiento de vuestra Encarnación y la intercesión de vuestra Sma. Madre, que nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros corazones la preciosa virtud de la humildad.

AMEN.

II. LA VISITACION

“Cuando Isabel escuchó la salutación de María, la criatura se estremeció de gozo en su seno” (Luc. I, 41).

En relación con J.C.

¿Qué hacía en el seno de su Madre? Era un cielo donde El tenía sus complacencias, donde El estaba más dignamente honrado que entre los ángeles; desde allí adoraba a su Padre; colmaba a María sin cesar, de nuevas gracias. Él estaba íntimamente unido a Ella y su Espíritu la dirigía en todos sus pasos y así le inspiró que visitara a Isabel. ¡Qué tema para las almas contemplativas la acción constante e interna del Espíritu en el alma de María! Adoremos a Jesús en este trono de amor.

María visita a Isabel. Jesús quiere que ella deje el reposo y la soledad para comenzar con El la obra de la Redención y cooperar en la santificación de Juan. El amor no puede estar inactivo. El

Señor habría podido santificar a Juan sin abandonar Nazareth. Pero quiere que su Santísima Madre sea el conducto de esta gracia que necesitará el Precursor para sus trabajos; que todos los hombres sepan que María es el instrumento visible, en quien ellos tienen un modelo cumplido de caridad y de celo, de humildad y de todas las virtudes. Admiremos este proceder del Señor y agradezcamos el amor que nos demuestra.

En relación a María

Los efectos que produce el sonido de su voz: Apenas ha abierto los labios para saludar a Isabel, cuando Juan es santificado en el seno de su madre. Reconociendo el Verbo Divino, se estremece de alegría. Isabel misma queda llena del Espíritu Santo. Tales son los efectos de la voz de María; ¡cuánto debemos confiar en María y cuánto debemos esperar de su poderosa intercesión!

Palabras de Isabel proclamando la elección que Dios ha hecho de María entre todas las mujeres, su maternidad divina y los beneficios que aporta al género humano, la grandeza de la fe de María, las grandes cosas que Dios debe obrar en ella, su propia dicha. No nos cansemos de publicar la grandeza de María y todo lo que debemos.

Sentimientos de María expresados en el Magníficat; sólo piensa en glorificar a Dios; no ve en sí misma sino su bajeza; canta la misericordia de Dios para los que le temen; los efectos de la justicia divina sobre los soberbios; el cumplimiento de las promesas hechas a Isabel. Admiremos la sublimidad de estos sentimientos y propongamos imitarlos en la medida de nuestras fuerzas.

En relación a nosotros mismos

Contemplemos en este misterio: 1°. El celo ardiente del Corazón de María por nuestra salvación y la de todos los hombres. ¡Cuántas veces hemos sentido sus bienhechores efectos! Temamos volverlos inútiles por nuestras faltas. 2°. María es el canal por el que el Señor hace descender hacia nosotros todas sus gracias. Dirijámonos a ella con toda confianza. 3°. Aprendamos de ella la manera como debemos conversar con el prójimo; humildad para estar en la verdad, caridad para proporcionar toda clase de buenos oficios; edificación en nuestras charlas; ¡Cuán lejos estamos de estas virtudes!

Divino Jesús os suplicamos por el celo ardiente que Vos habéis derramado en este misterio y por la intercesión de vuestra Santísima Madre, recoger los frutos de este misterio y obtener de vuestros Sagrados Corazones el celo y la caridad que deben animarnos hacia nuestros prójimos.

AMEN.

III. EL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

Ella dio a luz su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había habido lugar para ellos en la posada. (Luc. II, 7).

En relación con Jesús

Circunstancias en que nació: Aparte la milagrosa conservación de la virginidad íntegra de María, el Niño recién nacido participa de la condición ordinaria de los demás niños: ha permanecido nueve meses en el seno de la Madre; la debilidad, la pobreza, los desprecios son su parte; todo

demuestra en él al hijo de Adán, a la víctima destinada para aplacar la Justicia divina; tal es el Maestro, el Modelo, el Salvador de los hombres.

Sentimientos del Corazón de Jesús hacia el Padre; las circunstancias que ha elegido para nacer, las lágrimas que brotan de sus ojos demuestran cuánto detesta los ultrajes hechos por los hombres a la divina Majestad. Ha aceptado las humillaciones y los sufrimientos; ofrece su cuerpo en sacrificio y juntamente con su Cuerpo natural ofrece a todos los hombres que un día formarán su Cuerpo Místico.

Lo que El hace por ellos y primeramente por su santa Madre: a Ella la colma de favores imprimiéndole la mayor semejanza posible con su ser divino. Todos los hombres justos y pecadores, tienen parte en su amor, abraza y abraza a todos; El se ofrece como víctima de reparación por todos cargando sobre sí todas nuestras iniquidades: Intercede por todos y se da a todos: “Un niño nos ha nacido; un Niño se nos ha dado”. (Isaías IX, 5).

En relación con María

Sus cuidados maternos: su Divino Hijo quiere recibirlos; con qué respeto, con qué delicada atención se los rinde ella, que no está sujeta a las miserias de las otras madres. Estos servicios están mencionados en el Evangelio: “Lo envolvió en pañales y lo reclinó...”

Sentimientos hacia su hijo: No era necesario que el Evangelio nos hablara de ellos. Basta sondear el corazón de tal Madre. ¡Qué viva y ardiente fe! ¡Qué adoración profunda! Compasión, amor generoso, conformidad perfecta con su hijo.

Sus sentimientos hacia nosotros: Son los de la Madre más tierna, Jesús es su hijo primogénito: nosotros, sus hijos adoptivos. Quiere hacernos participantes de todos sus bienes. Ofrece a su Hijo por nosotros, ella misma se ofrece a este Hijo, le ofrece sus cuidados, su ternura, sus respetos para suplir nuestros defectos. Unámonos a ella, imitémosla, reanimamos nuestra confianza.

En relación con nosotros

1. Encontramos en este misterio un gran motivo de fe y alegría; alegría universal para todo el pueblo de Dios, sobre todo para los humildes representados por los pastores: “Os anunciamos una buena nueva que será para todo el pueblo una gran alegría” (Luc. II, 10). La causa de esta alegría es el nacimiento de un Salvador. La gloria rendida a Dios. “Gloria in excelsis Deo”. La paz concedida a los hombres de buena voluntad.
2. En este misterio encontramos una Madre tierna y poderosa, que es María... Nos da la vida, qué dicha! ¿Qué no debemos esperar de tal Madre?
3. Un gran ejemplo de pobreza y un gran motivo para estimar y practicar esta virtud. Todo, en este misterio, nos muestra sus excelencias y nos exhorta a ponerla por obra: contemplar a un Dios niño nacido en un establo! Divino Niño, os suplicamos por vuestro nacimiento y la poderosa intercesión de vuestra Sma. Madre, nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Sagrados Corazones el precioso tesoro de la virtud de la pobreza.

AMEN.

IV. LA PRESENTACIÓN DE N.S. Y LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

Entonces dije: “He aquí que vengo, ¡Oh Dios! para hacer tu voluntad”. (Heb. X, 7).

En relación con Jesús

Ofrenda que Él hace de sí mismo a su Padre, pronta, solemne, perfecta. Ofrenda de un precio infinito, tanto por la persona que la hace, como por la que ofrece y el modo como ofrece.

Su obediencia a la ley: ¿Quién es el que obedece? El soberano legislador. ¿A qué ley? A una ley ceremonial. ¿Con qué exactitud? Por motivo de obediencia: “Según la ley” (Luc. II, 22). ¿Cómo podríamos justificar nuestra desobediencia?

Jesús hace todas estas cosas por el misterio de su Santa Madre. Él quiere que ella disponga de todo Él, según convenga y que nosotros sepamos que Él es todo por ella y cuán deudores somos a su Madre de todo lo que hace por nosotros.

En relación con María

La ofrenda que hace de su Divino Hijo al Padre Celestial. Una víctima de un precio infinito debía ser ofrecida por las purísimas manos de María. Ella sabe que el ofrecerlo es entregarlo a los futuros tormentos de la Pasión y de la Cruz. Le ofrece por nosotros y lo rescata por nosotros. María no lo considerará más que como un tierno cordero que debe ser inmolado por la salvación del mundo.

María se somete a la Ley de la Purificación, Ley que parece contraria a su honor y al de su Hijo. Ella quiere ser confundida con el común de las mujeres. ¡Qué ejemplo de obediencia y humildad! La Madre de Dios y la Reina del cielo y de la tierra, la más santa de todas las criaturas. Así se humilla y se abaja; ¿me atreveré yo a engrandecerme?

María se somete a lo que sobre su Hijo y sobre ella misma sentencia y profetiza el anciano Simeón, que llena de amargura su corazón. Es así como Dios trata a su Hijo muy amado y a su Madre. Tal es la recompensa de su profunda obediencia. ¡Qué ejemplo, que lección para nosotros!

En relación con nosotros

Encontramos en este misterio la prenda segura de nuestra salvación: Jesús se ofrece a sí mismo al Padre por nosotros, por lo mismo lo ofrece su Santa madre: En nuestro nombre es rescatado: Todo Él es para nosotros.

Es un gran ejemplo para ofrecernos nosotros mismos: es un ejemplo de obediencia que debemos practicar. Meditemos en qué espíritu debe animarnos y a qué perfección debemos tender. Una lección muy importante: que la cruz y las humillaciones son la parte de las almas elegidas por Dios; la recompensa de los servicios que se le rinden. Aceptémosla a ejemplo de Jesús y de María.

Os suplicamos, divino Jesús, por este misterio y por la intercesión de vuestra Santa Madre, nos concedáis la gracia de recoger los frutos y de obtener de vuestros Sagrados Corazones el precioso tesoro de la obediencia a las leyes divinas.

AMEN.

V. JESUS ENCONTRADO, DESPUES DE TRES DIAS, EN EL TEMPLO

Yo lo he encontrado y
no lo dejaré más. (Cant. III, 4).

En relación con Jesús

¿Por qué se detiene en Jerusalén sin que lo supieran sus padres? Quiere darnos una lección: que aprendamos a separarnos de lo que nos es más querido cuando la gloria de Dios lo pide; que tengamos en cuenta que Dios suele enviar fuertes pruebas a los que ama y que no siempre es por nuestras faltas por lo que nos priva de su presencia sensible.

Hay otro significado misterioso de esta ausencia de tres días: su sepultura, que precede a su resurrección: durante tres días el mundo se ve privado de su luz.

¿Qué hace Él en Jerusalén? Practica el abandono, se ocupa de buenas obras, frecuenta el Templo en donde escucha a los Doctores y los interroga como para instruirse, pero en realidad para instruirlos. Sus palabras causan la admiración de los Doctores por la madurez y prudencia del Divino Niño (Luc. II, 47).

Consideremos el modo de conducirse del Señor que así quiere dar a Israel algún indicio de su venida.

¿cómo es por fin encontrado? Después de larga búsqueda. Cuando Jesús se retira de nosotros no quiere que nos entreguemos a un dolor ocioso, inactivo. Fue encontrado después de tres días. El Señor ha marcado un tiempo a nuestras pruebas: es necesario sufrirlas con paciencia y no desgastarnos en lamentaciones y deseos inútiles. Así como Jesús estaba en el Templo, nosotros debemos recurrir más que nunca a nuestros ejercicios de piedad. Es en ellos, frecuentemente, donde volveremos a encontrar a Jesús.

En relación con María

Sólo pierde a Jesús de un modo exterior y sensible, pues Él estaba siempre en el Corazón de su Madre. Ella no conocía los designios del Señor, Dios lo oculta algunas veces a sus elegidos.

Al principio ella no advierte su pérdida, se consolaba con la esperanza de verlo reaparecer muy pronto. María y José regresan por el camino durante un día entero (Luc. II, 44-47). Las pruebas nos parecen insoportables por su duración, entonces viene la turbación y el temor; no nos entreguemos a ellos y armémonos de confianza.

Búsquedas prontas y cuidadosas, pero no encontraban al Señor. Búsquedas perseverantes por calles y plazas, como hizo la Amada del Cantar de los Cantares; ella no hace otra cosa que buscarlo y habla a todo el mundo de Aquél a quien ama. Búsquedas plenas de dolores, en proporción a su amor: “Llenos de dolor le buscábamos” (Luc. II, 58).

Su paciencia, su conformidad... ¿Es así cómo buscamos a Jesús cuando lo hemos perdido por nuestras faltas?

Su alegría al encontrar al Divino Niño: alegría que compensa su dolor. Alegría plena de admiración al ver a su Hijo en medio de los Doctores. Sus palabras son la expresión de su alegría, un testimonio de su amor. “Hijo, ¿por qué hiciste eso con nosotros? (Luc. II, 48). Señor hacednos comprender que somos nosotros los que merecemos este reproche.

Su Hijo la tranquiliza: ¿Por qué me buscábais? Yo había estado siempre con vosotros, a hora cumplía la obra de mi Padre. Pero ellos no comprendieron, las almas aún la más elevadas no siempre comprenden la conducta de Dios con ellas.

Con relación a nosotros

Aprendamos de este misterio que no debemos sorprendernos cuando J.C. nos prive algunas veces de su presencia, cuando Él retira de nosotros sus consuelos y esto puede sucedernos, aunque nosotros no demos ocasión; pero estemos en guardia para no dar motivo con nuestras faltas.

Debemos buscarlo a ejemplo de María y de José, con un santo apremio; pero sin turbación. No nos ocupemos más que de este. Nunca nos dejemos abatir, reflexionemos antes de obrar, seamos asiduos a nuestros santos ejercicios.

Esperemos la vuelta del Señor con paciencia y confianza, el fin de la dolorosa prueba está próximo. Jesús está con nosotros mientras lo buscamos; Él se nos mostrará de nuevo con un acrecentamiento de favores. “Si Él tarda, espéralo; porque Él llegará ciertamente y no faltará” (Habacuc II, 3).

Divino Jesús, os suplicamos por este misterio y por la intercesión de vuestra Sma Madre, nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Sagrados Corazones la constancia de que tenemos tanta necesidad en los tiempos de aflicción y de pruebas.

AMEN.

LOS MISTERIOS DOLOROSOS

P. Pedro de Clorivière s.j.
La consideración de estos misterios
debe mantenernos en una santa compunción;
inspirarnos un vivo dolor de nuestros pecados
y hacernos estimar, amar y abrazar la cruz de J.C.

I. JESUS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

“Mi alma está triste hasta la muerte;
quedaos aquí y velad conmigo”.

En relación con Jesús.

Lo que El sufre en su corazón. Su amor es su primer y más cruel verdugo. Su dolor es excesivo y se expresa en estas palabras. Parece buscar algún consuelo a sus penas en el corazón de sus Apóstoles. Sudor de sangre, sollozos dirigidos a su Padre; “Mi corazón está conturbado; mis fuerzas me abandonan y hasta la luz de mis ojos ya no es mía”.

¿Por qué Jesús sufre así? Como hombre resiste de antemano todos los tormentos que le esperan; como Santo de los Santos él resiente el ultraje hecho a su Padre por el pecado. Todos nuestros pecados están a la vez presentes en su espíritu. Conoce toda la malicia de ellos, de los que se ve revestido; qué vestidura para el Hijo de Dios. Como salvador de los hombres deplora la pérdida de un gran número de almas que por sus pecados no aprovecharon su sangre.

Cómo sufre Jesús? Con qué conformidad a la voluntad de su Padre, con qué amor hacia nosotros. “Padre si es posible, que se pase de mí este cáliz” (Mat. XXVI, 39). Qué oración tan viva. Sin embargo no es escuchada. Si Jesús habla de dolores de su Cuerpo, expresa los deseos de la naturaleza humana, para nuestro consuelo. Cuando habla de nuestros pecados es para pedir que sean perdonados, si habla de la pérdida de los réprobos expresa el ardiente deseo de su salvación. Roguemos con Jesús; añadamos con El: “No como quiero yo, sino como quieres Tú” (ibid).

En relación con María

Sus penas son enteramente conformes a las de su Divino Hijo. Su alma, como la de El, está toda hundida en el dolor. “Grande como el mar es vuestro dolor Virgen María (Lam. II, 13).

Causas de su dolor: su tierna compasión, Ella ha penetrado, mejor que todas las otras criaturas, la malicia de los pecados de la humanidad, de que ella se ha cargado a ejemplo de su Hijo. La pérdida de las almas es para su corazón la espada más aguda y dolorosa, porque el amor que tiene a todas y a cada una es inenarrable; puesto que ella sabe cuánto las ama su Hijo y cuánto le han costado, cómo sufre María? Imitando a su Hijo sufre con El y como El; su corazón y el de su Hijo son uno mismo; unamos nuestros corazones a los suyos.

En relación con nosotros mismos

Suframos juntamente con los Sagrados Corazones de Jesús y María ya que ellos sufrieron por nosotros.

En nuestras penas busquemos en estos misterios nuestro consuelo, nuestra fuerza, nuestro modelo. De qué pena podríamos quejarnos? Debemos sorprendernos de que Dios tarde en acceder a nuestros ruegos cuando pesa sobre nosotros la mano de su justicia?

Como fruto de este misterio concibamos el mayor horror al pecado, cuya malicia nos ha sido mostrada; entremos en un sentimiento habitual de comunicación.

Pecadores tan grandes como somos hemos hundido los Sagrados Corazones de Jesús y de María en un abismo de dolor; cómo podríamos, después de esto, buscar vanas diversiones.

Divino Jesús, os suplicamos por el exceso de vuestros dolores en el Huerto de los Olivos y por la poderosa intercesión de vuestra Santísima Madre, que nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Sagrados Corazones el espíritu de comunión y de dolor por nuestros pecados.

AMEN.

II. LA FLAGELACION QUE SUFRIO N.S.

Entonces Pilatos hizo prender a Jesús
y lo mandó azotar (J., XIX, 1).

En relación con Jesús

Este suplicio en sí mismo. Todas las circunstancias de la Pasión son infinitamente dignas de ser consideradas: su oración en el Huerto; los interrogatorios que sufrió ante Caifás, Herodes y Pilatos; pero se pasma uno en primer lugar, ante la flagelación, a fin de que después de haber considerado lo que Jesús sufre en su Corazón, consideremos lo que sufre en su Cuerpo.

Indignidad de este suplicio. El Rey de los Angeles y de los hombres, el Santo de los Santos, el Hijo de Dios es ignominiosamente despojado de sus vestiduras y azotado con varas como un vil esclavo, a la vista de todo el pueblo.

Injusticia del suplicio: Ha sido condenado Aquel cuya inocencia ha sido reconocida públicamente allí mismo; Aquel a quien el pueblo, hace pocos días, ha recibido como el enviado de Dios; Aquel de cuyos milagros ha sido testigo Jerusalén entera; Aquél que es nuestro Salvador, Bienhechor del género humano; Aquel que tiene por cada uno de nosotros el más tierno amor.

Atrocidad del suplicio: El santo Evangelio no nos ha dicho sino unas cuantas palabras; pero los Profetas suplen, de antemano, su silencio: “Todo el día ha sido azotado (Salmo XXII, 15) “Los pecadores han hecho surcos sobre mi espalda (Salmo XXVIII, 3-Vulgata). La intención de Pilatos, la rabia de los soldados excitados por la de los demonios; la tradición y el sentir común de los fieles, todo lo que Dios nos ha hecho conocer por diversas revelaciones, todo esto, en fin, nos demuestra cuán atroz fue este suplicio.

Por qué sufre Jesús esta insigne crueldad? Para expiar, sobre todo los pecados de impureza, que tanto envilecen al hombre: de allí la indignidad del suplicio. Este pecado trastorna el orden en el hombre y en la sociedad; de allí su injusticia; mancha al hombre: de allí su atrocidad, la cual cae toda sobre Jesús: “Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay en El, parta sana” (Isaías I, 6).

Cómo sufre Jesús? Como oveja mansa frente a sus verdugos (Is. LIII, 7). Ninguna queja sale de sus labios; ninguna señal de disgusto en su rostro. Su corazón no guarda amargura. Jesús se humilla delante de su Padre, adora su Justicia, sufre con alegría por aquellos que le hacen sufrir este tormento.

En su relación con María.

Ella sufre invisiblemente en su cuerpo lo que Jesús sufre de manera visible en el suyo. Así lo ha revelado Dios a algunas almas escogidas. Tenía que ser así para que fuera mayor la conformidad entre la Madre y el Hijo: María habría deseado tomar sobre sí los sufrimientos de su Hijo.

El dolor de su corazón era tan grande, que los de su cuerpo eran un alivio. Podría Dios rehusar algo a María? Consideremos los sufrimientos de María en el curso de la Pasión.

María sufre por las mismas causas que Jesús. Ella comparte su horror al pecado, a los pecados que El quiere expiar y este horror aumenta a la vista de estos tormentos, los cuales no le parecen excesivos frente al horror que tiene al pecado y su vehemente deseo de extirparlo.

Los sentimientos del Corazón de Jesús son los suyos: aceptación, humildad, amor. Ella ofrece a Jesús por los hombres el homenaje y le suplica que por sus méritos ellos puedan vencer el vicio de la impureza.

En relación con nosotros

Reconozcamos en este misterio cómo los pecados de la carne son abominables a Dios. Unamos nuestros sentimientos a los de Jesús y de María. Confesemos que cada vez que aún levemente hemos caído en estas faltas hemos renovado para Jesús y María este tormento. Aborrezcamos este pecado que nunca podremos detestar bastante. Tomemos la firme resolución de huir la más leve ocasión de comentarlo. Aprendamos a mortificar nuestro cuerpo y reducirlo a servidumbre, como San Pablo (Cor IX, 17). Tengamos el más vivo amor a la virtud de la castidad. Entremos en los sentimientos de los Apóstoles: “Iban alegres (Hechos 5, 41). Encomendémonos siempre a la Santísima Virgen.

Os suplicamos, Divino Jesús, por el martirio de vuestra dolorosa flagelación y por la intercesión poderosa de vuestra Sma. Madre, nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros SS. corazones el estimable tesoro de la santa pureza.

AMEN.

III. LA CORONACIÓN DE ESPINAS Y EL “ECCE HOMO” (“He aquí al Hombre”)

... “Y los soldados tejieron una corona de espinas que colocaron sobre su cabeza y le pusieron un manto de púrpura sobre sus hombros” (Jn. XIX, 2).

En relación con Jesús

Lo que El sufre. Está en medio de una cohorte de soldados, que movidos por la rabia del demonio, hacen una burla bárbara atormentando y abrumado de afrentas a N.S.

Colocan sobre su divina cabeza una corona de espinas fuertes y agudas que hunden en ella con golpes terribles; sobre sus hombros le echan un viejo harapo de púrpura y en sus manos le ponen una caña por cetro. La corona nos muestra al Rey de los mártires, la púrpura al Rey de los pobres; la caña al Rey de los humildes y de los débiles.

Las bofetadas, los puñetazos, las carcajadas, son el homenaje que se le rinde. Adoremos, en tal estado a nuestro Rey soberano.

Por qué sufre? Para expiar nuestros pecados de orgullo: el orgullo se levanta sobre los otros: Jesús se humilla por debajo de todos. El orgullo busca los honores, la dignidad; Jesús elige la ignominia. El orgullo se jacta de su fuerza y sus riquezas. Jesús se nos muestra como el más débil y el más pobre de los hombres. El orgullo convierte en vanidad las buenas cualidades del cuerpo y del espíritu; Jesús ofrece su rostro a los que lo abofetean.

Cómo sufre Jesús? Qué mansedumbre inalterable. Qué silencio tan profundo. Jesús se humilla ante su Padre y se complace en reparar por medio de las humillaciones, los ultrajes que los hombres con su orgullo infieren al Padre Celestial.

En relación con María

Conformidad de sus penas son las de su Hijo. Lo ha seguido y en espíritu lo ha visto en medio de los soldados y ha contemplado los bárbaros tormentos a que lo han sometido; ha escuchado las burlas: ha resentido en su Corazón todos y cada uno de los golpes y todas las bofetadas que le han dado; pero después cuando Pilatos lo muestra al pueblo en el estado sufriente en que le han puesto los soldados, María lo ve con sus ojos corporales; ¡qué impresión tan dolorosa para su alma!

María sufre con el mismo fin redentor que su Hijo; ofrece los tormentos de El y los íntimos sufrimientos de su propio corazón para expiar nuestro orgullo. La más humilde de las criaturas, María, viendo a su Hijo reducido a tal estado de sufrimiento y humillación, desearía, si fuera posible, abajarse y sufrir más ella misma.

Su corazón no tiene otros sentimientos que los de su Divino Hijo: da gracias a Jesús por la Redención de los hombres; encuentra su consuelo en compartir con Jesús sus humillaciones y solicita e implora de El nuestro perdón y la extirpación del orgullo para todos aquellos que nos hemos acogido a su amparo.

En relación con nosotros

Qué debemos pensar de nuestro orgullo al contemplar este misterio? Vayamos con frecuencia al Pretorio y veamos al dulce Jesús entre los soldados, podríamos no estremecernos de horror ante los tormentos que El sufre?

Penetremos el sentido de estas palabras: “Ecce Homo” (“He aquí al hombre”). El Padre nos presenta a su Hijo: “He aquí Aquel a quien yo he engendrado y he enviado al mundo”. Cómo lo habéis tratado? Ved en El al hombre que con sus sufrimientos os ha salvado y a quien debéis imitar en la humildad. A nuestra vez digamos al Padre Celestial. “He aquí al Hombre; he aquí la víctima que os ofrecemos perdonados”.

Lloremos nuestro orgullo, nuestra ambición, nuestra vanidad. Busquemos siempre el último lugar. Confesemos que hemos merecido la humillación y el castigo.

Os suplicamos, Divino Jesús, por vuestra corona de espinas y por la intercesión de vuestra Sma. Madre nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Sagrados Corazones el precio de la humillación.

AMEN.

IV. EL SEÑOR SUBE AL CALVARIO CARGANDO SU CRUZ

... y llevando El mismo su cruz salió hacia el lugar llamado Calvario. (Jn. XIX, 17).

En relación con Jesús

Su cruz. Esta cruz material que va cargando es un pesado fardo; la debilidad de Jesús; el agotamiento causado por la pérdida de su sangre; la aspereza del camino; todo contribuye a hacerle más penosa la marcha; Jesús camina con paso vacilante; cae varias veces hasta rasgar su rostro contra las piedras; todas sus llagas se renuevan: se mira tratado como una bestia de carga. La cruz interior que El lleva en su corazón es más dolorosa todavía. Su ternura por los hombres le hace sufrir todo eso. El carga sobre sí todos los males de los hombres, todas sus miserias, todas sus debilidades, todos sus pecados. Y lo que lo abrumba sobre manera es la condenación de un gran número de almas, siempre presente a su espíritu.

Por qué el Señor ha cargado su cruz? El expía el desorden de la naturaleza caída que, tan pecadora como es, busca todo lo que la halaga y huye de lo que la hace sufrir, o al menos, la molesta: El Señor nos invita a llevar la cruz detrás de él, que antes la ha ennoblecido y enriquecido de méritos, como premio de nuestros sufrimientos.

Sus palabras expresan los sentimientos de su Corazón puesto que El acepta y ama la Cruz, que constituye su gloria, es su cetro, el instrumento de su misericordia y de su justicia. El perdona nuestros pecados y quiere que nosotros los lloremos. Se emociona vivamente ante los males que al fin destruirán a Jerusalén, porque eso advierte a los pecadores de la severidad de los juicios de Dios: Si en el leño verde... (Luc. XXIII, 31).

En relación con María

Sus sufrimientos interiores y exteriores son los mismos de su Divino Hijo. Más vive su alma en Jesús que en sí misma. Ella siente como él y con él todo el peso de la cruz, toda la crueldad de los judíos; todas las fatigas; todos los pecados de los hombres y la pérdida de tantas almas son heridas para su Corazón.

María se propone en este misterio lo mismo que su Divino Hijo. Sufrir como Madre del Salvador, como Reina de los predestinados, como Modelo para la humanidad. Como Madre del Salvador debe compartir sus penas. Como Reina de los predestinados debe marchar al frente de ellos en el camino de la cruz. Como Modelo de la humanidad María nos enseña y nos invita a sufrir.

Sus sentimientos y sus virtudes. Qué estima, qué amor por la cruz! La cruz es la gloria y su tesoro. María como su Hijo, busca en todo la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Sólo sueña en cooperar con su Divino Hijo.

En relación con nosotros

Debemos ver en este misterio, la necesidad de la cruz: “Convenía que Cristo padeciera y así entrara en su gloria” (Luc. XXIV, 26). Podríamos nosotros esperar entrar al Cielo por otro camino? Nosotros, miembros del Cuerpo Místico, no debemos ser tratados de otro modo que El. Si el Santo de los Santos, el Hombre de Dios ha sufrido tanto, los pecadores no deberán sufrir?

El amor y la estimación de la cruz. Nosotros no tendremos el espíritu de J.C. si no estimamos y amamos la cruz, que El ha preferido a todas las cosas.

Para estar con Jesús debemos ir en su seguimiento llevando nuestra cruz. El ejemplo más vivo y poderoso, para hacernos soportar todas las penas de espíritu y de cuerpo que Dios nos envíe;

para mirar estas penas como un gran favor, para sufrirlas en unión con Jesús y sus sentimientos, y practicar lo mejor posible las virtudes del Señor.

Nosotros os suplicamos, Divino Jesús, por este misterio y por la intercesión de vuestra Sma Madre, nos concedáis la gracia de recoger los frutos de vuestros dolores y de obtener de vuestros Sagrados Corazones el amor de la cruz.

AMEN.

V. JESUS CRUCIFICADO

“La crucifixión y a El con otros dos: uno a cada lado, en medio Jesús (Jn. XIX, 18).

En relación con Jesús

Sus penas interiores y exteriores. Jesús llega al Calvario agotado de sangre y de fatiga; le arrancan sus vestiduras. Se extiende sobre la cruz, donde clavan sus manos y sus pies los despiadados verdugos. Es levantado, así, a lo alto, cayendo la base de la cruz en un profundo agujero que ha sido preparado, y esta horrible sacudida renueva todas sus llagas, todas sus heridas; en qué estado está ahora. Qué consuelo puede experimentar? El está entre los malhechores. Los hombres no tienen para El sino dureza y crueldad; es el blanco de las contradicciones, de los insultos, de las blasfemias. Parece abandonado de su Padre, no recibe ningún consuelo. “Mirad y ved si hay un dolor comparable al dolor mío” (Lament. I, 22).

Causas de sus sufrimientos y fines que propone al sufrirlos. Nuestros pecados los han causado y El sufre el castigo que a nosotros corresponde. De este modo la Justicia divina está satisfecha. “Yo lo he castigado a causa de los pecados de mi pueblo” (Is. III, 8). Jesús en la cruz hace brillar las perfecciones divinas; la cruz es el altar donde El se inmola; es una cátedra desde donde El nos confirma todas las verdades que nos ha enseñado; es un trono de misericordia donde se nos muestra como Salvador: es un trono de gloria en donde sus virtudes brillan en todo su esplendor: (Nazarem); un carro de triunfo desde el cual atrae a todos los hombres. Es Rey sobre todo de los verdaderos Judíos, que son los cristianos (Judaeorum) Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos. (Jn. XIX, 19).

Sus palabras son la expresión de sus sentimientos. El ora por todos: “Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen” (Luc. XXIII, 34). Abre el cielo al buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Ibid). Nos da a su Madre y nos entrega a Ella como hijos: “He aquí a tu hijo; he aquí a tu Madre” (Ibid) El se queja amorosamente a su Padre para inclinarlo a favor nuestro. “Dios mío, Dios mío”. (Mt. XXVII, 46). Siempre tiene sed de nuestra salvación “Sitio” (Jn. XIX, 28) y nosotros, en nuestra ceguera, lo saciamos de hiel y vinagre. “Consumatum est: Todo está consumado” (Jn. XIX, 30). Jesús nos enseña a morir” En tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. XXIII, 46).

En relación con María

Sus penas – Ella siente en sí todas las llagas de Jesús: “Yo llevo en mi cuerpo las llagas de Jesús. (Gál. VI, 17). Ella es invisiblemente crucificada con Jesucristo. La contemplación de Jesús, la crueldad de los judíos, la ignominia del suplicio, la justicia divina irritada, todo agrava sus penas; es, sobre todo al pie de la cruz donde su alma es traspasada por la espada que profetizó Simeón.

Por qué sufre María? Porque es Madre de Jesús, porque nosotros somos sus hijos y por Ella nos ama.

Cómo sufre María? Con constancia: “Stabac (estaba) Como Pontífice: ella está próxima, junto a la divina víctima para ofrecerla al Padre. “Juxta crucem Jesús (junto a la cruz de Jesús) Ella, la Virgen Madre, ha consentido en el sacrificio; lo habría consumado porque ha sido necesario. Acompaña e imita a Jesús en sus plegarias, ofrece al Padre Eterno la sangre de su Hijo para el perdón de los pecadores. Qué impresión haría en su alma esta palabra de su Hijo: “He aquí a tu Madre”? (Juan XIX, 26).

En relación con nosotros

La contemplación de la cruz tiene la virtud de curarnos las heridas causadas por la serpiente infernal como los israelitas en el desierto miraban la serpiente de bronce cuando la levantaba Moisés (Jn III, 14). Nada más eficaz para refrenar la concupiscencia y el amor de las riquezas, de los honores y de los placeres.

La cruz es el gran motivo de nuestra confianza, tengamos la seguridad de obtener todo por medio de ella. Que puede negar el Padre Celestial si se le pide en nombre de su Hijo crucificado?

La cruz debe encender y mantener en nosotros el fuego de la divina caridad. La caridad debe acercarnos a la cruz. La cruz, para el común de los fieles, es el conjunto de los preceptos divinos: para el alma religiosa es la perfección de los consejos evangélicos. Los tres votos son los tres clavos que deben sostenernos en ella.

Divino Jesús os suplicamos por vuestra cruz y por la intercesión de vuestra Santísima Madre nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Sagrados Corazones la unión más íntima con Jesús Crucificado.

AMEN

MISTERIOS GLORIOSOS

P. Pedro de Clorivière, S.J.

La consideración de estos misterios debe apartar eficazmente nuestros corazones de todas las cosas de la tierra, elevar nuestro espíritu al cielo y hacernos suspirar ardiente y constantemente por la eterna gloria.

I. LA RESURRECCION DE N.S. JESUCRISTO

“... . El cual fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” (Rom. IV, 25)

En relación con Jesús

Su estado ¡Qué gloria! ¡qué fuerza! ¡qué dicha!. Cualidades gloriosas de su cuerpo: esplendor, impassibilidad, agilidad sutileza. ¡Cuánta diferencia entre su cuerpo sufriente y este mismo cuerpo resucitado! Por esto Dios lo ha elevado soberanamente “La humillación precede a la gloria” (Filip. II, 9).

Resurrección: Es la prueba indiscutible de la divinidad de J.C. Si Jesús ha resucitado, es Dios. El había dado siempre su resurrección como prueba irrefutable de su divinidad, de que El era el Hijo de Dios. Por tanto, si El no fuera Dios, no hubiera podido resucitarse a sí mismo y Dios no lo habría resucitado, pues -de ningún modo- no habría puesto Dios su sello para autenticar la más horrible mentira.

Pero Jesús ha resucitado. Esta aseveración es de una certidumbre moral en el más alto grado. Jesucristo había muerto. Esta verdad está apoyada sobre las pruebas más solemnes y por otra parte jamás ha sido discutida.

El ha sido visto de nuevo estando vivo. Esta segunda verdad no es menos indiscutible. Los testigos que lo afirman son numerosos, firmes y constantes en su testimonio, y por encima de toda sospecha. Así pues, Jesús es el Hijo de Dios; por tanto la religión es divina.

Sus apariciones a las santas mujeres, a los discípulos, a los Apóstoles... En todas ellas ¡qué bondad! ¡qué amor! ¡que condescendencia inefable! En todas ellas se admira el Corazón de Jesús. ¡Qué consejos! ¡qué instrucciones! ¡qué favores insignes hechos a Pedro y a todo el género humano!

En relación con María

Ella fue la primera a quien Jesús favoreció con su presencia. Es indudable, es una consecuencia de su condición de Madre, de su preeminencia como tal, del amor de su Hijo hacia ella y de ella a su Hijo, de la participación que ella había tenido en su Pasión.

¡Qué transportes! ¡qué sentimientos al verlo resucitado! Había muerto y ha sido encontrado! (Luc. XV, 32). Sus actos de adoración... Los favores de los que ha sido colmada por su Hijo.

Cuidados que Ella tiene de los Apóstoles.

Ruega por ellos a su Divino Hijo. Es el centro de las reuniones de ellos. Los reúne bajo su amparo, bajo sus alas como la amorosa gallina con sus polluelos a la cual N.S. se ha dignado compararse. (Mat. XXIII, 37). La Virgen los consuela, reanima su esperanza y su fe.

Sus ocupaciones durante los cuarenta días que precedieron a la Ascensión del Señor, de su Divino Hijo. ¿Se puede dudar de que El no estuviera casi siempre con ella? Cómo oraba María por la naciente Iglesia: cómo se complacería Jesús en Ella, más que en las demás criaturas.

En relación con nosotros

La resurrección de Jesús vuelve nuestra fe inquebrantable. La seguridad que este misterio nos da de la divinidad de Jesucristo no nos permite dudar de ninguna de las verdades de nuestra santa religión, ni de la sublimidad de sus dogmas, ni de la santidad de su moral. Es la doctrina de un Dios: esta consideración responde victoriosamente a todas las objeciones.

Este misterio es la prenda segura de nuestra resurrección. “Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de aquellos que estaban dormidos (en el sueño de la muerte) (1ª. Cor. 15, 20). “Todos resucitaremos; pero no todos seremos cambiados” (Versión de la Vulgata). Para resucitar con Cristo y participar de la gloria de su resurrección, es necesario haber participado antes, en sus sufrimientos, en sus humillaciones, en sus virtudes. “Si hemos muerto con Cristo, viviremos también con El; si compartimos sus sufrimientos, reinaremos con El (II Tim. 11, 12).

Jesús resucitado es el modelo de la vida que hemos de llevar como cristianos. “Como Cristo ha resucitado de entre los muertos para ir a la gloria de su Padre, así nosotros tendremos una vida nueva” (Rom. VI, 4). No tendremos ya nada común con el mundo. Estar con el cuerpo en la tierra y con el espíritu en el Cielo. “Nosotros ya vivimos como ciudadanos del Cielo” (Filip. III, 20).

Divino Jesús, os suplicamos ardientemente por el misterio de vuestra Resurrección y por la intercesión de vuestra Sma. Madre, nos concedáis la gracia de aprovechar los frutos de este misterio y de obtener de vuestro Corazón Sagrado una fe vivísima y una vida nueva, verdaderamente resucitada.

AMEN

II. LA ASCENSIÓN DE N.S.J.C.

“Asciendo al Padre y vuestro Padre,
a mi Dios y vuestro Dios (Jn. XX, 17).

En relación con Jesús

SU TRIUNFO: El retorno a su Padre cuya gloria ha restaurado. Sus enemigos están bajo sus pies. El infierno está vencido; el género humano, rescatado; el Cielo es su conquista. En seguimiento suyo, una innumerable muchedumbre de cautivos a quienes ha liberado de la esclavitud. Todo el Cielo viene a dar la bienvenida a su Rey. Las puertas eterna les quedarán para siempre abiertas: “Levantaos, puertas celestiales”. (Salmo XIII, 7). En los aires retiemblan los cantos de victoria: “Dios sube entre aclamaciones, al son de la trompeta (Salmo 46, 6). Sube Jesús y se coloca a la derecha de su Padre. ¡Qué gloria! ¡Qué triunfo tan bien merecido!

Los sentimientos de su Corazón: El nos mira siempre como sus hermanos y sus amigos. El sigue teniendo para nosotros la misma ternura. El no nos ha abandonado del todo. El está siempre con su Iglesia. Nos ha dejado a su Madre Santísima.

Bienes con que nos colma: En este misterio El nos abre el Cielo; conserva sus llagas para mostrarlas a su Padre y así doblegar su cólera provocada por nuestros pecados. Nos asegura la conquista del Cielo; solicita para nosotros el don del Espíritu Santo: El ha subido a lo más alto y ha colmado de dones a los hombres.

En relación con María

Participación de María en el triunfo de Jesús. La gloria de su humanidad se refleja en Ella. Los ángeles la proclaman como su reina y Madre de su Rey; los Santos la proclaman y reverencian como su libertadora y su Madre y depositan a sus pies sus coronas (Apoc. IV, 10). Su Hijo mismo se gloria de tener tal Madre.

Sus sentimientos: Agradecimiento, amor, humildad. Reconocimiento: Ella ve en la gloria de su Hijo el premio de la elección que Dios ha hecho en Ella; todos los bienes que ha recibido, todos los que le están reservados: “Ha hecho en mí cosas grandes y maravillosas el que es Todopoderoso”. En el transporte del amor, su “espíritu se estremece de gozo al contemplar la bondad de Dios, su Salvador”. Cuánto más elevada ha sido, más se humilla: “Ha puesto su mirada en la humilde sierva Suya”.

Sus virtudes. Ella, sin duda, hubiera podido seguir a su Hijo al Cielo, pero prefiere permanecer todavía sobre la tierra para nuestro provecho. ¡Qué sacrificio inmenso, en proporción al amor que nos tiene!

En relación a nosotros

Este misterio confirma nuestra esperanza. No podemos dudar de que el Cielo sea para nosotros ni de que tengamos sobre él derechos indiscutibles, y de que depende de nosotros el alcanzarlo un día, puesto que vemos a nuestro divino Jefe tomar posesión de él, no para El solamente sino también para nosotros. “Voy a preparar un lugar para vosotros” (Jn. XIV, 2).

El es quien atrae nuestros deseos al Cielo: “Buscad las cosas de arriba donde Cristo permanece sentado a la diestra de Dios” (Colos. III, 1).

Si Jesucristo es nuestro tesoro, nuestros pensamientos y nuestros afectos deben transportarse al Cielo, donde está El. “Quiero morir y estar con Cristo” (Filip. I, 2). El nos muestra el alto lugar que nos tiene reservado en el Cielo, si nosotros permanecemos acá íntimamente unidos a El, como miembros suyos que somos. El está sentado en el trono de su Padre sobre los Arcángeles, Tronos y Serafines, y quiere hacernos sentar con Él.

Divino Jesús, os suplicamos por vuestra Ascensión gloriosa y por la intercesión de vuestra Santísima Madre, nos concedas la gracia de obtener el fruto de este misterio y recibir de vuestros sagrados corazones la más fuerte y eficaz virtud de la esperanza.

AMEN.

III. LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO SOBRE LOS APOSTOLES

Cuando venga el Consolador que yo os enviaré en nombre de mi Padre, Espíritu de Verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. (Jn XV, 26).

Exposición del Misterio en sí mismo. Grandeza inefable de este don:

El Espíritu Santo es el Amor consubstancial del Padre y del Hijo. Es un gran Misterio, también por la manera con la que nos ha sido comunicado: en tanto que en N.S. Jesucristo la divinidad estaba como velada, oculta, por su santísima Humanidad, que le servía como de vestidura, el Espíritu Santo nos ha sido dado de manera directa e inmediata sin mediación alguna.

Es un gran misterio por los efectos admirables que produce: es un bautismo de fuego que consume en nosotros todo lo que desagrade a Dios: “El os bautizará en el fuego del Espíritu Santo” (Luc. III, 16). Es una fuerza que viene de lo Alto y remueve todos los obstáculos”... Hasta que vosotros seáis revestidos de la fuerza de lo alto (Luc. XXIV, 49).

Es además el Espíritu Santo una efusión de todos los dones; es una plenitud de Dios mismo.

Es Jesucristo quien nos lo envía desde el seno de su Padre y ambos son el principio único de donde procede la Tercera persona; Jesús lo envía a los suyos y no al mundo, lo cual constituye el objetivo, el término, el fruto principal y perfecto de todos sus misterios, de sus obras, de su muerte. Sin este don, todos los otros habrían sido inútiles. Era necesario para dárnoslo, que El hubiera subido a su Padre.

Las operaciones del Espíritu Santo; pone de manifiesto la divinidad de Jesucristo; opera cambios prodigiosos en los Apóstoles infundiéndoles fuerza, luz, santidad, de la que los ha revestido para predicar dignamente el nombre de Jesús. El Espíritu Santo ha formado la Iglesia, la ha hecho crecer, vive siempre en ella, la anima, la asiste, la protege y por medio de ella se comunica a todos los fieles.

En relación con María

Ella ha participado más que todos los otros juntos de este don, como Esposa del Espíritu Santo, como Madre del Verbo Encarnado, como Hija del Padre. Ella lo ha recibido con una plenitud, de la cual sólo Ella era la única capaz. El Espíritu Santo se había posado primero sobre ella; en seguida se había comunicado a los Apóstoles y después a los otros discípulos. Ella lo había recibido de una manera especial y única cuando el Espíritu Santo había formado en ella el cuerpo del Salvador. “El Espíritu Santo descenderá sobre ti” (Lc. I, 35). En este misterio el Espíritu Santo le ha sido dado con una plenitud tanto mayor en cuanto que ella había de comunicarlo a todos los que lo recibieron.

Después de Jesús es a María a quien debemos un beneficio tan grande, porque nosotros le debemos a Jesús el que ella haya sido corredentora y haya cooperado con El en todas sus obras, haya participado en todos sus sufrimientos y en todas las peticiones que El hacía a su Padre, y que ella haya sido como el canal principal por donde El ha querido que nos lleguen las gracias y los dones del Espíritu Santo.

Su correspondencia y cómo ha usado este beneficio durante todo el tiempo que ha vivido sobre la tierra: ¿quién podría decir cuán perfecta fue su correspondencia? Ella era todo amor y este amor era siempre activo, con toda la perfección de que era capaz la más pura y más santa de todos los

cristianos El Espíritu Santo obraba siempre en ella. ¡Cuánto ha sufrido María por la Iglesia! Además era el oráculo que le indicaba la voluntad del Señor, la Maestra de los Apóstoles, el sostén y la fuerza de la Iglesia, su defensa contra los asaltos del mundo y del infierno, el consuelo de todos los fieles.

Con relación a nosotros

Este don está prometido a todos, si somos, en verdad, discípulos de J.C. “Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, todos sus descendientes y todos aquellos que llamarán al Señor: Nuestro Dios. (Hechos, II, 39). La desdicha del mundo consiste en ser incapaz de recibirlo (Juan XIV, 17).

Nosotros encontramos en este don la luz: “El os enseñará toda verdad (Juan XVI, 13). Encontramos en El la fuerza (Luc. XIV, 49). El es nuestro consuelo en las miserias de esta vida (Jn. XIV, 16).

Lo que nosotros debemos hacer para recibir al Espíritu Santo: tener un gran amor a Jesús. Si alguno me ama mi Padre lo amará, vendremos a El y haremos nuestra morada en El” (J. XIV, 23). Además debemos tener un gran deseo de recibirlo, una vida pura y recurrir siempre a la Sma. Virgen.

Divino Jesús, os suplicamos por este glorioso misterio y por la intercesión de nuestra Santísima Madre de recoger y aprovechar los frutos de este misterio y de obtener y sacar de Vuestros corazones la más pura y ardiente caridad.

AMEN.

IV. LA MUERTE DICHOSA Y LA ASUNCIÓN DE LA SMA. VIRGEN

¿Cuándo partiré y estaré ante la faz de Dios?
(Salmo XLI, 3)

En relación a Jesús

Jesús estaba como en espera del dichoso momento que pondría fin a la carrera mortal de su Santa Madre y la reuniría para siempre con El. Le había confiado su Iglesia y su esperanza no había sido frustrada. Su Iglesia se había extendido por todo el mundo; un gran número de pueblos se habían sometido al imperio de J.C. La voz de los apóstoles se había hecho escuchar hasta los extremos de la tierra.

María había sufrido inmensos trabajos para sostener y fortalecer al pueblo cristiano; es tiempo de que ella descanse de sus trabajos y que ella reciba, de las manos de su Hijo, la corona de gloria que ha merecido. Todo el Cielo reclama la presencia de su Reina.

¡Con cuántos favores el Señor la consuela en su destierro! ¿Quién podrá comprender los testimonios que El le da de su amor? El ha prometido visitar a aquellos que le aman; manifestarles los encantos de su divinidad y permanecer con ellos: “Si alguno me ama...” (Juan XIV, 23). ¡Cuán íntimas eran las comunicaciones con las que favoreció a su Santa Madre en los últimos días; a qué grado sublime de santidad fue elevada!

¡Con qué amor vendría El a visitarla en sus últimos momentos! ¡Con qué transportes de alegría recibiría su alma triunfante y la llevaría El mismo a la mansión de la gloria para reinar con El entre el esplendor de los santos! No convenía que el purísimo Corazón de María, del cual fue formado el del Señor, conociera la corrupción de la tumba. ¡Con qué aplausos de la corte celestial

habrá sido recibida, toda resplandeciente de gloria y de belleza, reflejo de su alma santísima y bienaventurada.

Sus deseos de la muerte: Desde la Ascensión de su divino Hijo, la tierra era para ella una soledad en la que ya no encontraba a Aquel en quien ella vivía más que en sí misma. Sus deseos crecían a medida que ella se iba aproximando al término de su vida mortal; estos deseos crecían en proporción a la fuerza de su amor, a la perfección de sus conocimientos, a la capacidad de su alma.

Cuál fue su alegría cuando llegó el momento tan largamente deseado de ver ante ella a su divino Hijo una vez para siempre, para no separarse jamás. Se le propuso a elección o ir al Cielo, sin morir, en un transporte de soberana felicidad o morir: Ella eligió la muerte para imitar en esto a Quien la había elegido por Madre.

Gloria inefable de su cuerpo, que por la virtud de su Hijo fue resucitado al tercer día: el de su Asunción triunfante al Cielo.

En relación con nosotros

Después del ejemplo de Jesús y de María, el pasar de esta vida a la otra ha perdido todo lo que podía tener de repulsión. Aceptamos la muerte como el fin de nuestras miserias y el comienzo de nuestra dicha.

Dispongámonos cada día a este gran paso que debe decidir de nuestra suerte eterna caminando sobre las huellas del Salvador y de su Santísima Madre.

Suspiremos por la muerte, que es la única que puede poner fin a nuestro destierro tan lleno de peligros, unírnos a J.C. y ponernos en posesión del soberano Bien para el cual hemos sido creados”. Quiero morir para estar con Cristo” (Filip. 1, 23).

Os suplicamos, divino Jesús, por la muerte y la Asunción de vuestra Sma Madre, que nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de obtener de vuestros Corazones Sagrados un santo deseo de la muerte.

AMEN.

V. CORONACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Venid del Líbano, Esposa mía, Venid del Líbano:
seréis coronada (Cant. IV, 8)

Con relación a Dios

Su divino Hijo la presenta ante el trono de la Sma Trinidad, ¡Cómo alabará J.C. a su Madre! El representa la elección que Dios ha hecho de ella, su humanidad la ha recibido de ella, los cuidados que le ha prodigado, su amor, sus sufrimientos, sus virtudes incomparables y los propios méritos de María, pide para ella la corona de gloria que le está reservada desde toda la eternidad y ella es la única digna de recibirla.

La Santísima Trinidad, cada una de las tres divinas Personas la invita a acercarse a recibirla, a venir: del Líbano. Este nombre significa el candor, la pureza de su vida, y la gloria que ella toda su vida ha dado a Dios.

Su corona ha de ser embellecida por la de todos los Santos, simbolizados por las cumbres del Amana, del Sanir y del Hermón y también recibirá las que los ángeles rebeldes y los réprobos han perdido por su desobediencia.

El Padre la corona como a su Hija bien amada, el Hijo como a su Madre, el Espíritu Santo como a su Esposa única y singular. El Padre la reviste de su poder, el Hijo de su esplendor, el Espíritu Santo de su amor y de su Santidad. La Sma Trinidad la eleva por encima de todo lo creado. Alegría del cielo. Nueva gloria que brilla sobre todos los bienaventurados, por la presencia de María. Los ángeles y los santos se glorían de tenerla por Reina. Todos, en medio de su felicidad, la aplauden.

En relación con María

Su gloria en proporción a su dignidad de Madre de Dios, es el fruto de su santidad, del conjunto de sus perfecciones, de su fiel correspondencia a todas las gracias recibidas; es la recompensa de sus magníficas obras, es la respuesta a su profunda humildad. Viviendo sobre la tierra tomó siempre el último lugar, ahora en el Cielo ocupa el trono más alto y próximo a la Sma Trinidad: “El que se humilla será ensalzado” (Luc. XIV, 11).

Su dicha consiste esencialmente en la visión de Dios, en el amor de Dios, en gozar de Dios. ¿Hasta qué grado esta dicha se ha comunicado al alma purísima de María? No se puede dudar que esta dicha sobrepase toda inteligencia creada; corresponde, sobre todo al exceso y a la multitud de los sufrimientos que ella ha padecido en todo el curso de su vida mortal.

Su poder es una consecuencia de su gloria y de su exaltación en el cielo. Es la Reina de todo aquello sobre lo que su Hijo es Rey. Ella tiene todo el poder. Todos los seres creados, todos los habitantes del cielo, todos los hombres sobre la tierra, todos los espíritus malignos, todos los elementos están sometidos a su imperio, del cual Ella dispone a beneplácito. Nada le resiste. Ella puede todo para dicha de sus servidores y como su bondad maternal no le permite rehusar nada a sus hijos, su Hijo no puede rehusar nada de lo que pide para ellos.

En relación a nosotros mismos

¿Qué idea debemos formarnos del estado al que ha sido elevada María en el Cielo, por encima de todas las creaturas? Rindamos homenaje de gracias al Altísimo. Todo lo que ha hecho por María nos beneficia también a nosotros sus hijos. ¡Cómo debemos unir nuestro gozo al de María! Es nuestra Reina, nuestra Madre amantísima. Su gloria brilla sobre nosotros; su dicha es la fuente de la nuestra, emplea todo su poder a favor nuestro.

Entreguémonos por completo a su servicio; nada más justo, nada más honroso y provechoso para nosotros. Nuestro amor no podrá jamás estar en proporción a sus perfecciones, a sus beneficios, ni nuestro respeto a su grandeza, ni nuestra confianza en su poder y en su bondad, ni nuestros homenajes a su suprema dignidad de Madre de Dios.

Divino Jesús, os suplicamos por la gloria con que habéis coronado a vuestra Sma Madre y por su poderosa intercesión, nos concedáis la gracia de recoger los frutos de este misterio y de tener siempre hacia vuestra Madre, que es también la nuestra, una devoción perfecta. Que sea para nosotros una prenda de nuestra eterna bienaventuranza.

AMEN.

Oración

Que conviene hacer al terminar el Rosario de quince misterios o una parte de él.

Señor, concédenos la gracia de penetrarnos de tal manera en la verdad de estos santos misterios que hemos recordado en el rosario que acabamos de recitar en vuestro honor y en el de vuestra Sma. Madre, que nuestra vida sea siempre conforme a esta verdad y que, en la medida posible, la hagamos reinar en todos los corazones. Os pedimos esta gracia por la poderosa intercesión de vuestra Sma Madre, la gloriosa Virgen. **Amén.**

María, Madre de todos los hombres

“He aquí a tu Madre” (Juan XIX, 27).

Es necesario considerar estas palabras en relación a N.S. que las pronuncia, en relación a María, a quien se refiere, en relación a aquellos a quienes se dirigen. Como salidas de los labios de N.S. estas palabras son: Una prueba delicada de su ternura. El Señor las pronuncia desde la cruz. Momentos antes de expirar. Olvida sus dolores para ocuparse de nuestras necesidades. Después de hacernos participar de la filiación divina, quiere todavía asirnos a la maternidad de María, lo que es muy grato a su Corazón. Quiere que seamos doblemente sus hermanos. ¡Qué ternura! Jesús no escucha sino su amor, parece olvidar nuestra indignidad.

Nos hace un señalado beneficio: Ya nos había dado sus bienes, sus méritos, su doctrina, sus trabajos, sus ejemplos, su cuerpo, su sangre, su vida.

Solamente le quedaba su Madre y El nos la da, ¿Quién puede apreciar dignamente la grandeza de este tesoro, más rico y valioso que el cielo y la tierra?

N.S. nos había dado algo muy grande al dársenos a Sí mismo y reconciliarnos así con el Padre; pero este nuevo don comprende todos los anteriores y con él nos asegura el disfrutarlos.

Es también una última prueba de su solicitud como Salvador. La gran obra de la Salvación de los hombres está a punto de ser consumada, su sangre ha sido vertida por nosotros pero ¡cuánto teme El que no sepamos conservar tan grande bien! Y nos da a María por Madre para que ella nos lo conserve de manera preciosa.

Teme, en cierto sentido, que con nuestras ingratitudes provoquemos su propia justicia, nos da a María, por Madre, a fin de que tengamos en ella un lugar de refugio donde podamos estar al abrigo de su justa cólera.

¡Qué dulces y vivos sentimientos deben producir en nosotros estas consideraciones! “He aquí tu Madre”. Estas palabras referentes a María nos muestran que siempre había tenido por nosotros sentimientos de Madre y que ella lo es, en efecto. Su amor hacia nosotros debe medirse por la grandeza de su corazón; este Corazón cuya capacidad para amar es inmensa. Dios la había formado para ser su Madre, y la nuestra, dotada de los sentimientos más nobles y apropiados. El amor de la más tierna de las Madres no es nada en comparación de su amor hacia nosotros.

Ella es nuestra Madre; ella nos dio la vida al entregarnos a Jesucristo, nuestra verdadera Vida, pero ella ha venido a serlo más particularmente en el momento en que fueron pronunciadas estas divinas palabras. “He aquí a tu Hijo” las que han obrado en su Corazón, porque ellas significan. Ella ha visto desde entonces, en nosotros, a su Hijo único; ha extendido hasta nosotros el amor que tiene a su Unigénito.

Siempre nos ha considerado y tratado como hijos suyos. Cuánto ha hecho y cuánto ha sufrido para darnos y conservarnos la vida verdadera. Esto nos recuerda todos los beneficios que el mundo entero y cada uno de nosotros le debemos.

Siempre está presta a demostrarnos que es nuestra Madre. Recuerda vivamente esas palabras de su Hijo; en ningún momento la ha olvidado, a pesar de nuestra ingratitud su amor hacia nosotros no ha cambiado. Su influencia, su poder, cerca de Dios son inmensos y quiere emplearlos absolutamente en favorecer a sus hijos.

“He aquí a tu hijo”. Estas palabras son dirigidas a todos los hombres, especialmente a todos los cristianos. Ninguno de aquellos por quienes J.C. ha muerto carece del don de ser hijo de tal Madre.

Todos serían dichosos si supieran aprovecharse de un don tan grande; pero ¡ay! ¡cuántos hijos ingratos y desnaturalizados no piensan en esta tierna Madre sino para ultrajarla! Estas palabras también son dirigidas a los discípulos predilectos del Salvador. Tales han sido los más grandes santos: S. Juan Bautista, San José, los Santos Fundadores de Ordenes Religiosas y tantos grandes Santos y Santas... Es un favor señalado, prenda de una santidad eminente; el Señor la ha comunicado, aunque en un grado menor, a aquellas a quienes inspira una grande devoción hacia su Santísima Madre.

A.M.D.G.